

La niña era rubia y su vestido era malva, con volantes y encajes. Tenía los ojos azules y la boca chiquita y preciosa. Llevaba sobre el pelo un lazo del mismo color que el vestido y había dejado el gran aro verde sobre una roca. Chupaba un caramelo —siempre llevaba caramelos en los bolsillos— y tarareaba una dulce canción. El sol se desparramaba allá lejos, ya casi no sol, tiñéndose el horizonte como una salsa que se hubiera salido del cacharro.

La niña tenía seis años y sus padres se llamaban Ricardo y Leonor; su tía se llamaba Paz y su tata se llamaba Concha. Después del desayuno no los había vuelto a ver en todo el día.

Leonor se sentó en las rocas y siguió chupando el caramelo. Hacía un bellissimo ocaso. Las líneas del mar y del cielo se estaban poniendo rojas, rojas, rojas, y la superficie del agua brillaba como un tesoro. El vaivén del mar —muy breve, casi nada— llevaba como cosquillas a la playa. Y de algún sitio venía un rumor de flautas encantadas. Era como el maravilloso país de Oz.

Leonor se había escapado aquella mañana. Andando, andando, saltando, saltando, paseando por las laderas, y luego por los bosques y más tarde por pequeños caminos, y bajando a las playas, y metiéndose entre las rocas, yendo de una a otra, y descalzándose para cruzar los charquitos del mar. Hasta llegar a esta playa redonda, al ocaso. Al mar grande. Siempre con su aro rodando delante de ella, incluso por los más escarpados lugares.

Ahora Leonor se mojaba los pies y aún no sentía pena por haberse perdido. Las dulces niñas de seis años son grandes insensatas. El papá de Leonor —don Ricardo— era un caballero de gran barba que por las mañanas se ocupaba en ir a la Bolsa. Ahora, en verano, don Ricardo dormía mucho, y a última hora de la mañana leía el periódico en el jardín y por la tarde sacaba a mamá a pasear en coche.

Doña Leonor era una dama buena que cocinaba grandes pasteles dorados y tocaba el piano en el salón. Era muy bonita y siempre se bañaba en una habitación rosa con muchísima espuma. Mamá, después de comer, invitaba a doña Luisa y a Margarita y a las primas de Biarritz a tomar café.

Tía Paz era horrible. Tía Paz vestía de negro y llevaba cordón de hábito, por promesa, y un crucifijo grande, y usaba gafas y moño, y sorbía manzanilla de una jícara, sentada en un sillón de mimbre junto a las grandes macetas de geranios. Tía Paz castigaba frecuentemente a Leonor con brutales pellizcos. La niña había curioseado a veces su

habitación, donde guardaba revistas con hombres en traje de baño y muchas postales de colores con bordados, de cuando era joven y hacía colección.

La tata Concha era tonta. Leonor no la quería nada. Estaba muy contenta Leonor de estar sola allí, en aquella playa escondida, sin Concha, sin tía Paz y sin nadie, pues aquella era la playa de los palos de colores clavados en la arena que ella había visto desde el coche tantas veces. Eran muchos palos rojos, azules, verdes, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos como un bosque.

La niña, tarareando siempre su dulce canción, se quedó mirando a aquel bulto que había a unos metros de la roca. Empujó el aro hasta allí, hasta aquel bulto que era un muerto. La niña se acercó.

Los botines blancos y negros, el pantalón a rayas, el chaleco bien cerrado, el cuello duro y la chalina. Era un señor pálido y sonriente, muerto en la arena. Para ella sola. Para jugar ella sola y nadie más. Cuánto se alegró Leonor de que no estuviera allí la tonta de la chacha, ni tía Paz, con sus ojos vigilantes, ni nadie. El señor muerto era para ella.

Y Leonor se sentó en la playa entre dos grandes palos —verde y negro— y empezó a tocar al muerto.

Estaba frío. Leonor sabía que los muertos estaban fríos. Ella sabía muchas cosas y más de las que normalmente saben las niñas de su edad.

Sólo se lo contaría a Juan. Juan era su único amigo, un niño de diez años que leía libros, incluso libros para mayores. Juan era un niño pálido y muy nervioso que vivía con su madre en una casa gris que a Leonor le parecía muy triste. Juan coleccionaba gusanos de seda y también muchos pájaros raros. Los gusanos los tenía en cajas blancas de cartón y los pájaros en jaulas de perdiz. Cuando Leonor iba a verle él se los enseñaba, y a veces abría el pico de los pájaros con las manos y les llenaban el buche de gusanos. A los pájaros les gustaban, pero a veces se ponían enfermos, cerraban el ojo y se morían.

El muerto estaba tumbado como si descansara. Tenía un gesto de satisfacción que a Leonor le recordó a su padre durmiendo la siesta. No era un señor guapo. Estaba muy pálido y muy delgado. Tenía grandes ojeras azules y unos labios gruesos y colorados, como las caretas de carnaval.

Leonor le dio con el pie y el muerto se tambaleó un poco sobre la arena. Le dio otra vez y el muerto se tambaleó más. Entonces le dio una patada fuerte y casi pareció que el muerto la hubiese sentido.

En uno de los bolsillos Leonor llevaba sus caramelos y en otro llevaba una gran

cantidad de cosas: un acerico con alfileres, una tortuga de plomo, una bolsa roja con canicas de vidrio, una hebra del pelo de su madre cuidadosamente envuelta en papel de celofán, unas tijeritas doradas, una estampa arrancada de La Divina Comedia de la biblioteca de papá, un frasquito de medicina amarilla que cogió un día del cuarto de Juan, una pieza de un rompecabezas (era un sol y las orejas a medias de un conejo)... y muchas cosas más.

Del acerico sacó un alfiler y pinchó al señor en una mano. No salió sangre y Leonor, entusiasmada, lo hundió hasta la cabeza. Luego lo sacó. Hizo la misma operación en la otra mano y luego tiró el alfiler al mar.

El señor parecía dormido realmente. Incluso Leonor creyó observar que su sonrisa se movía.

Con las tijeritas doradas la dulce niña jugó a cortarle el pelo. Había un mechón sobre la frente que ella comenzó a recortar con detenimiento. Recortó, recortó, recortó, intentando con todo esmero dejarlo igualado, pero se aburrió y el mechón no había quedado bien.

Antes de guardar las tijeras quiso probar suerte con ellas en las pestañas del señor. Recortó las pestañas y hasta recortó unos minúsculos trocitos de párpado que se guardó en los bolsillos con las tijeras.

Luego le cogió la cabeza con ambas manos y la levantó hasta bien cerca de sus ojos.

¿Le miraba aquel señor? Ahora había un orificio en uno de los ojos cerrados —el del trocito de párpado—, y aunque era muy pequeño, el ojo estaba allí, atravesando a Leonor con una mirada curiosa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña. Y el muerto no contestó. Y Leonor dejó caer la cabeza con ímpetu, y ésta rebotó en la playa.

Leonor comenzó a imaginarse nombres posibles del muerto:

—Juanjo, Francisco, Moisés, Ernesto, Richard, Miguel... Rubén.... —Y por cada nombre que decía en voz alta le daba un pellizco retorcido, como los que tanto le gustaba dar a tía Paz.

En el pellizco número veintitantos, ya sí; ya la niña podía asegurar que el muerto se revolvía inquieto.

El sol desaparecía a pasos de gigante. En una décima de segundo ya no hubo más. La oscuridad dio un repente terrible a la escena.

Leonor, que sabía más cosas que las niñas de su edad, notó que se había perdido. Y aquello no era agradable. Con la oscuridad comenzaron a dibujarse las primeras estrellas, y el muerto adquirió un nuevo tono amarillo.

Leonor se dio cuenta de que no era buena la compañía de un cadáver, y que realmente no se había portado muy bien con ese cadáver.

El muerto parecía vigilado por la guardia interminable de todos aquellos palos clavados en la arena.

La playa estaba espantosamente sola. Y retumbaba el mar. Leonor se mojó la falda con la espuma de una ola.

Y sería imposible calcular cuántos minutos pasaron hasta que salió la luna. Redonda, entera, lívida.

Ya no era aquello el maravilloso país de Oz. Si un cementerio a la orilla del mar. Un panteón, una helada mansión de los muertos, defendida por mil lanzas en selva interminable.

El muerto se puso de pie, Y entreabrió los labios, centellearon como alfanjes a la luz de la luna.

Leonor gritó, porque las dulces y encantadoras niñas suelen tener miedo, aunque sean del temple de Leonor.

Y gritó fuerte, con auténtico miedo, porque entendió a la perfección que aquel señor no había estado nunca realmente muerto. Supo sin ninguna duda que aquello con lo que había estado jugando era un vampiro. Y la morbosidad y la perversión de Leonor no llegaban hasta el extremo de que le gustaran los vampiros.

Menos en una playa solitaria, a la luz de una luna tan cruel, a doce horas y quién sabe cuántos kilómetros de la presencia de sus padres, su tía Paz y tata Concha.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el vampiro. Y la niña no contestó. Y el vampiro cogió a la niña por la cabeza, y la soltó con ímpetu, y la cabeza rebotó contra la playa.

El vampiro dio con el pie a la niña una y otra vez. Y luego le dio una patada fuerte que hizo sentir a Leonor la boca llena de sangre.

Cuando el vampiro vio aparecer la sangre por la comisura y deslizarse como un arroyuelo por el mentón de la niña, se lanzó sobre ella con una gran sonrisa.

La niña había vuelto a sacar sus tijeritas doradas y se las clavó al vampiro en el pecho;

consiguió escurrirse y echó a correr por la playa.

El vampiro se había vuelto a poner en pie. En el pecho llevaba clavadas las tijeras hasta el fondo. No hizo un gesto de dolor, ni uno sólo, y lanzó un alarido escalofriante, un grito de ave de presa, un sonido total, desgarrador, mitológico. Parecía el rey de la noche, el rey de la playa, el rey del mar, el rey de la luna. Y en una fracción de segundo se convirtió en un murciélago, que iba en picado sin freno hacia la niña, a la niña con su vestido y su lazo malva, con sus volantes y encajes, lanzada a la más loca carrera entre las innumerables estacas de colores.

Leonor dio vueltas, vueltas, vueltas, entre una estaca azul y una estaca roja, entre una estaca negra y una estaca verde, entre una estaca amarilla, una gris, una blanca, una azafrán, una turquesa, una innumerable estaca de indefinible color, larga y puntiaguda como una pica. Y arrancó la estaca verde y se la lanzó al vampiro hacia los aires, y le lanzó la estaca amarilla, y la turquesa, y la negra, y la indefinida, y todas las estacas que se iban ofreciendo a su paso, sin mirar casi, confiando en clavarle, en atravesarle contra la luna perforándole el corazón, único modo —como bien sabía— de librarse de un vampiro.

La niña miró por fin atrás. Y de cada estaca desclavada había surgido un vampiro, porque bajo cada estaca de color descansaba un vampiro su sueño casi eterno, con la playa sobre su muerte. Y la niña comprendió que aquel rincón del mundo era un cementerio de vampiros, y ella había liberado a centenares, a miles de aquellos monstruos. Por cada estaca clavada en la arena, un vampiro indefenso la soportaba en el corazón.

Ya eran tantos los murciélagos que volaban en círculo... Leonor cayó en el suelo y cerró los ojos. Notó la viscosa nube sobre la piel. Y en su garganta los labios y los dientes. Y gritó, gritó, gritó, sin que nadie la oyera, salvo todos los vampiros, soliviantados por su perversidad.

Todos los murciélagos —alguien podría verlos en plano cenital si se hubiera colgado de la luna— se transformaron en miles de reyes nocturnos vestidos con perfecta elegancia de grandes caballeros.

Empezaron el juego lanzando a la niña por los aires tras cada bocado, en loca, sublime, alborozada orgía.